

## 48. El Juicio

**E. J. Waggoner**

Félix, el propio juez de Pablo, tembló mientras el apóstol le predicaba acerca de «*justicia, templanza y el juicio venidero*». Solo por un momento, la doctrina del juicio fue tan de cerca aplicada a sus sentidos endurecidos que él tembló al pensar en comparecer él mismo ante el Juez de todos.

Uno puede tomar un carbón encendido del fuego y, al manipularlo ligeramente, pasarlo de mano en mano sin quemarse los dedos. Pero déjese que sea firmemente agarrado y se abrirá paso quemando la carne. Multitudes sostienen la doctrina del juicio tan ligeramente que tiene poco efecto en la vida diaria. De manera general, creen en un día de ajuste de cuentas, pero no la sostienen con la suficiente firmeza como para que se grabe a fuego en el corazón y en la vida.

Los hombres comprenden fácilmente la verdad de que el mundo será juzgado. Incluso pueden sentir la satisfacción que el Salmista expresó cuando vio que la maldad no siempre triunfaría, y que los obradores de iniquidad no serían capaces de corromper el juicio en el día de Dios. Pero nuestros pensamientos deben acercar el asunto más a nosotros mismos que eso.

«*Cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios*». No el mundo en general, meramente, y no solamente los impíos que han vivido en libertinaje, sino «*cada uno de nosotros*». No como iglesias, ni como familias, sino individual y solitariamente cada uno se enfrenta a la rendición de cuentas. Las cuentas se llevan en los libros del cielo. Lo que los hombres dirán a menudo hace una gran diferencia en este mundo. La gente teme seguir al Señor por el oprobio de Cristo. Pero, ¿de qué valor es el registro que el mundo pueda escribir cuando los libros del cielo están registrando la historia de cada vida?

# Tres cosas componen nuestras vidas: hechos, palabras, pensamientos

## 1. Nuestros Hechos.

Dios «rendirá a cada hombre conforme a sus obras» (Romanos 2:6). Nadie necesita engañarse a sí mismo con una profesión justa. «*El que hace justicia es justo*». El apóstol escribe de aquellos que «*profesan conocer a Dios, pero con sus obras lo niegan*» (Tito 1:16). No la profesión, sino el hecho, determina el destino del hombre.

## 2. Nuestras Palabras.

«*Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio*» (Mateo 12:36). «*De la abundancia del corazón habla la boca*». Por lo tanto, es justo que la vida sea juzgada por las palabras. La frivolidad insensata en el corazón se manifestará en ligereza de hablar. La vanidad interior brota en «*grandes y vanas palabras*». El odio a la ley de Dios y la anomia dentro del corazón conducirán a palabras contra el estándar divino de justicia. Cuando uno se da cuenta de que incluso las palabras casuales y ociosas —mucho más las palabras pronunciadas con determinación y premeditación— son registradas, bien puede orar la oración del Salmista: «*Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios*».

## 3. Nuestros Pensamientos.

Los hechos y las palabras son vistos y oídos por los hombres, y pueden ser controlados para que la verdadera condición del corazón no siempre se manifieste. Pero el juicio no será según los estándares del mundo. «*Él les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, abominación es delante de Dios*» (Lucas 16:15). «*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta*» (Hebreos 4:12, 13).

La ley de Dios es espiritual, y por ella todo pecado secreto será revelado. «*El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala*» (Eclesiastés 12:13, 14).

El propósito de todo el Evangelio es enseñar a los hombres cómo la justicia de esa ley santa y perfecta puede ser cumplida en ellos —por Jesucristo el Justo. El juicio revelará todas las obras del ego, y *bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado en aquel día*. Dado que la ley de Dios es el estándar del juicio, no es extraño que Satanás procure llevar a los hombres a despreciar la ley y a continuar en el pecado. La anomia es una señal especial de los últimos días en la profecía. En esos mismos últimos días, cuando «*la hora de su juicio ha llegado*» (Apocalipsis 14:6, 7), nadie debe sorprenderse de que el mensaje del Evangelio sea, en un sentido especial, un llamado a la lealtad y la obediencia. Los hombres, cara a cara con el juicio, no pueden permitirse tratar con desprecio la ley que a todos somete al pecado. Ahora, cuando no solo en el mundo que se declara impío los hombres se precipitan en el pecado, sino también cuando incluso en los púlpitos y en el mundo religioso la ley de Dios es tratada como algo externo, ha llegado el momento en que el Evangelio llama a gran voz: «*Temed a Dios, y dadle gloria; porque la hora de su juicio ha llegado*».

PT, 18 de junio de 1896